

Netzahualcóyotl
Ceballos
**Memé, antes
de llegar al sol**



**Colección
Bachiller**
Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa



Rescate histórico

Netzahualcóyotl Ceballos

Memé antes
de llegar al sol

LIC. QUIRINO ORDAZ COPPEL
Gobernador Constitucional del Estado de Sinaloa

LIC. GONZALO GÓMEZ FLORES
Secretario General de Gobierno

DR. JOSÉ ENRIQUE VILLA RIVERA
Secretario de Educación Pública y Cultura

MC. SERGIO MARIO ARREDONDO SALAS
Director General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

PROFRA. LETICIA SERRANO SÁINZ
Secretaria General de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa

LIC. YAHAIRA SHANTAL LÓPEZ ÁLVAREZ
Directora de Extensión de la Cultura

Netzahualcóyotl Ceballos, Memé antes de llegar al sol

Primera edición
© Derechos Reservados. Edición. Colegio de Bachilleres del Estado de Sinaloa
© Derechos Reservados. Netzahualcóyotl Ceballos
Culiacán Rosales, Sinaloa, Noviembre de 2017



Edición a cargo de la Dirección de Extensión de la Cultura

Edición con fines culturales, no lucrativos

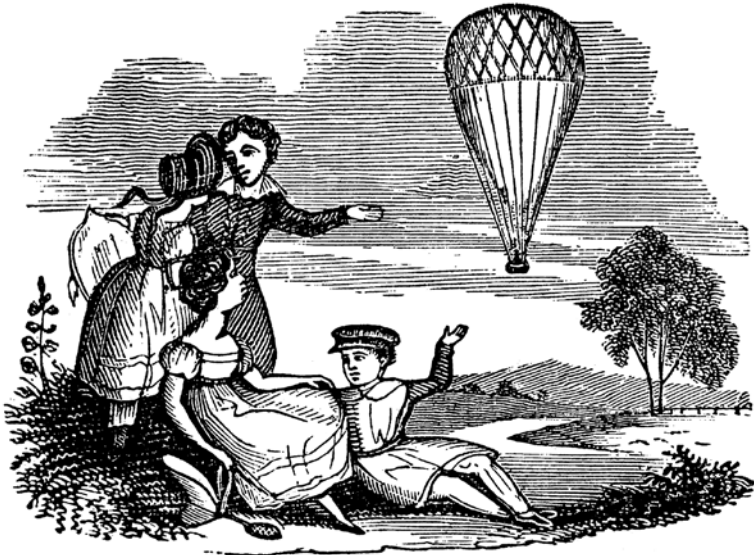
Cuidado de la edición: *Jesús Hidalgo Mendoza*
Maquetación: *Gilberto Cobarrubias Rodríguez*
Diseño: *Ito Contreras*

Hecho en México / Printed in Mexico

Av. Independencia No. 2142 Sur. Col. Centro Sinaloa, C.P. 80129,
Culiacán, Sin. Tel. 01(667)758-68-30

Versión digital en www.cobaes.edu.mx

Memé, antes de llegar al sol



1

La imaginación no es más que el cuento que diario nos escribimos a nosotros mismos, los personajes.

El hombre que observabas vestía con la celebridad de aquellos circos, que de vez en vez, venían desde países muy remotos: pantalones con rayas rojas, un chalequillo de un azul incómodo, tacones de zapatos y un anillo de oro en cada uno de sus largos dedos. Nadie sabía su nombre ni su edad, cuál era su comida favorita, si se despertaba a las tres de la mañana o tenía un sueño apacible toda la noche. Hablaba encima de un baúl.

–¡Tengo la nariz más fuerte de la historia! –decía vivamente a la multitud que lo rodeaba a la sombra de un enorme alcornoque–. Vengan. Acérquese, caballero. No tenga miedo, dama hermosa. ¡Permanezcan donde están para comprobar que puedo cargar hasta el peso del mundo con mi nariz!

Atenta y sentada en primera fila, con los demás niños, te preguntabas todo sobre aquel extraño hombre

llegado de quién sabe dónde y que tenía algo como de chimpancé travieso. ¿Sería cierto lo de cargar el peso del mundo con su nariz?

Lo viste primero bajar de su baúl y sacar de allí un vaso de cristal. Y a continuación, cara al cielo, colocarlo sobre la nariz que ni siquiera se dejó aplastar un centímetro bajo su peso. ¡Bravo, bravo!

–Pero eso no es nada –exclamaba el hombre rebuscando dentro del baúl– ¡ahora mismo me pondré en la nariz esta enciclopedia más gorda que aburrida! ¡Miren!

Entonces, también lo viste colocarse esa enciclopedia más gorda que aburrida sin pasarle nada a la nariz. Absolutamente nada. ¡Bravo, bravo! Esa nariz sí que era un barco de acero, ¡bravo!

El hombre, que no dejaba de sonreír, salvo cuando necesitaba un poco de equilibrio para no volcar al suelo ninguno de los objetos sentados sobre su nariz, lo que hasta ahora no había ocurrido, sacaba del baúl cosas cada vez más asombrosas y se las ponía encima después de soltar las anteriores, ¡bravo, bravo!, una silla, ¡bravo!, una silla sobre la silla, ¡bravo!, un antiguo reloj de pared, ¡bravo, bravo!, una mesa, un calentador de invierno, una de esas cosas que nadie sabe cómo se llaman pero se ven bien pesadas, ¡bravísimo! Y mientras, la nariz, como si no le importara tal cosa, como si no debiera convertirse en un feo tomate.

Aquel hombre ya se imaginaba las propinas en monedas que ganaría con la excitación de su público absorto.

–Y ahora... ¡el gran final! –proclamó con júbilo–. En este baúl resta un último objeto, el más pesado y comprometido de todos. ¡Una caja fuerte!, que no con poco esfuerzo hasta un elefante se debatiría para poderla levantar con su trompa, ¡y yo, lo haré con mi nariz!

Pero en aquel momento, ocurrió algo que cambiaría ese final tan pomposamente anunciado...

Todo empezó contigo, Margarita. Cabía esperar. Porque tú no observabas ya el final del espectáculo del hombre circo a pesar de tenerlo frente a ti. Una niña de ocho años como tú se pierde fácilmente hasta con el canto de una mariposa, ¿no crees? Especialmente cuando se tiene una imaginación como la tuya. Y a propósito de mariposas, ¿las mariposas sí cantan? Lo digo porque si las mariposas cantaran, seguro les pedirías cantar más fuerte, para así no escuchar los bramidos de los humanos cuando se enojan... Mira, ahorita mismo por ejemplo, nos hemos desviado con eso de las mariposas cantoras y la cólera de los humanos. Lo que observabas en ese momento, Margarita, estaba más arriba del hombre circo y más arriba de la multitud de alrededor, mucho más arriba del grandioso alcorcho y, quizá, muchísimo más arriba del vuelo de un pájaro, allá en el cielo.

No viste cuando el hombre sacaba con mucho esfuerzo la caja fuerte.

Aquella cosa en el cielo, Margarita, ¿qué podrá ser? ¿Alcanzas a ver?

No viste cuando el hombre, enrojecido ahora por el empeño, subía al baúl llevando en sus brazos la caja

fuerte.

¿Un ave gigante acaso, Margarita? ¿Crees que sea un ave gigante realmente aquello que vuela tan alegre en el cielo?

Ni tampoco viste cuando el hombre circo ya disponía sobre su fabulosa nariz aquel aparato tan pesado porque, precisamente en ese instante, alcanzaste a comprender qué era aquella cosa que se acercaba volando por encima de sus cabezas:

–¡Un globo! –gritaste más alto que cualquier hombre circo del mundo–. ¡Un globo! ¡Allá!

Niños y adultos se olvidaron del hombre circo. Él mismo perdió el equilibrio, acabó en el suelo junto a la caja fuerte y el público siguió tu dedo. Sí, era un gigantesco globo colorado, como los globos hasta entonces sólo conocidos en historias y dibujos animados, porque ningún globo aerostático se había detenido antes en aquel país.

–¿Qué hace un globo aquí? –preguntó el barbero. El globo perdía altura.

–¡El globo pierde altura! –exclamó el sereno.

El globo no tardaría en caer un par de kilómetros más allá del enorme alcornoque.

–¡Va a caer allá! –dijo la panadera.

El globo ya casi caía.

–¡Ya casi cae! –chilló el alcalde.

El globo estaba a punto de caer.

–¡Miren! ¡Está a punto de caer! –dijo ahora el herrero.

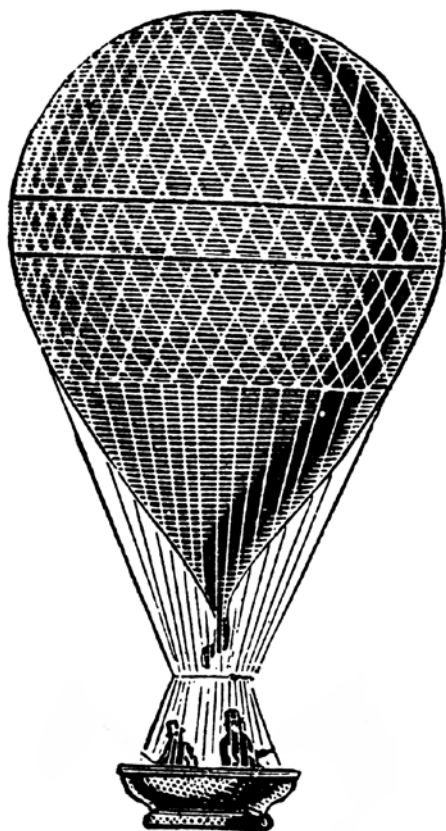
Finalmente el globo cayó.

–¡El globo cayó! –acertó la zurcidora.

Y antes de consumarse esas últimas palabras de la zurcidora, el pueblo comenzó a correr al sitio donde calcularon estaba el globo. Cosa de pocos minutos. El único que quedó sembrado como árbol, además del alcornoque, fue el hombre circo, tirado ahí en el suelo junto a la caja fuerte y su baúl, preguntándose qué demonios había ocurrido.

Como era un sujeto codicioso, resolvió no irse de aquel extraño país hasta no ganar a sus habitantes unas cuantas monedas por su espectáculo. Puso pies en polvorosa y bueno, lo demás, ya se sabrá.





2

<<Pero papá>>, me replicó mi hija cuando jugábamos, <<las cosas no hablan>>. Entonces le expliqué: <<si tú quieres, sí hablan>>. Días después conversábamos felizmente con los trastos de la casa.

Tu vestido de abril quería escaparse del cuerpo de tan veloz que corrías, Margarita, pero deseabas ser la primera en llegar para así poder decir “¡fui la primera en ver el globo!”, “¿en serio fuiste la primera?”, te preguntaría alguien, “¡sí, sí, nadie había llegado antes de mí!”. El globo, por cierto, había caído más lejos de lo pensado, así que el vestido de abril debió tener muchas oportunidades de volar a la libertad, aunque sin conseguirlo.

Corrías y corrías, no dejaste de correr ni siquiera cuando uno de tus costados se volvió un alfiler.

El globo colorado terminó su viaje en un descampado. El poco gas que aún conservaba se le iba a través de un gran corte en la bolsa mientras ésta, se extendía amplia por todo el suelo...sí, por todo el suelo, agonizando, hasta quedar en pocos minutos como la

sábana de una cama destendida.

Fuiste la primera en descubrirlo. La gente del alcornoque aún no llegaba y te quedaste ahí parada a contemplar cómo al globo se le escapaba la vida por la abertura. ¡Pobre globo!

Ese globo, a propósito, ¿habrá llegado solo? ¿Habrá venido hasta aquí sin nadie? ¡Pero vaya ocurrencias, Margarita! Ningún globo viaja solo. Los globos no dicen “oigan todos, ahorita vengo, iré a dar un paseo y no necesito que nadie me acompañe por el momento, muchas gracias”. No. Los globos no andan por ahí solitarios, a menos que... ¡Pero no!, ¿qué razones podría tener un globo colorado para irse tan vacío por el mundo?

En esos pensamientos andabas cuando escuchaste hablar al globo.

–¿Estás bien? –te preguntó.

¿El globo hablaba? ¿O quién dijo eso?

–¿Estás bien? –te volvió a preguntar el globo.

¿El globo te hablaba de verdad? ¡El globo te hablaba de verdad, Margarita!

Eh... ¿y qué se le dice a un globo parlante? Nunca antes habías platicado con un globo, ¿o sí?

–¿Dónde estás? Te estoy preguntando si te encuentras bien.

¡Otra vez te ha hablado el globo! Y cosa curiosa... su voz era bastante similar a la de los humanos. Vamos, responde, Margarita, acuérdate de los buenos modales, debes decirle algo como “hola, señor globo, yo estoy bien, ¿y usted?”, o de lo contrario pensará que en este país las niñas de ocho años son unas malentendidas.

Entonces, algo debajo de la cama destendida en que se había convertido el globo, empezó a moverse. Una cosa empujaba ahí abajo. Unos brazos salían por aquí, una pierna por allá, una cabeza buscaba el día, unas manos se inquietaban.

Y de repente, apareció un hombre muy alto y con una barba muy oscura que le escondía el pescuezo. El descubrimiento de aquel hombre reponiéndose de la caída significaba una cosa, Margarita: el globo aerostático no venía solo. ¿Ves? ¡Te dije!

Sin saberse observado por ti, el hombre buscaba con desespero a alguien más entre los enredos.

–¿Dónde estás, condenado chamaco? –gritó molesto.

Tú, mientras tanto, decidiste no interrumpirlo y te convertiste en un silencio.

–Si te estás escondiendo te daré una paliza... – dijo el hombre.

De inmediato, desde el otro lado de la cama destendida apareció un niño de unos seis años. El pequeño aparentaba no haberse golpeado fuerte pero parecía perturbado, bastante perturbado, porque luchaba consigo mismo y no podía hablar.

–A...a-a-aquí –balbuceó el niño. Fue cuando aquel hombre sin pescuezo pero con barba, lo vio.

–¡Pero si aquí estás! Empezaba a creer que te me habías caído antes y todavía te necesito para el viaje. Vamos, levántate, quiero que me ayudes a poner en orden todo esto mientras yo... mientras yo descanso un poco y pienso.

El hombre hablaba sin esperar las respuestas del

pequeño, que ya se levantaba.

–No entiendo qué pasó, volábamos tan bien, quizá un pájaro distraído, el calor del sol, no sé qué cosa rompió el globo.... Ya lo repararé. ¿Dónde crees que estemos? Busca el mapa, anda, ¡rápido! No te quedes como un tonto aquí sentado.

La barba giraba hacia un lado y hacia otro entre el desastre, pero los ojos del hombre no te veían, Margarita.

–¿Estaremos en un país con gente inteligente o gente bobalicona como tú? ¡Hey, no te veo buscando el mapa!

El niño iba a emprender la búsqueda del mapa pero en ese momento te vio ahí, muy cerca de ellos, con tu vestido de abril, muy quietecita y observándolos, entre atenta y sorprendida. Pasaron unos segundos y el pequeño otra vez masculló. Y otra vez pareció pelear consigo mismo al hablar.

–U-una... –balbuceó.

Sin embargo, el hombre con barba pero sin pescuezo no estaba para balbuceos.

–No estoy para balbuceos, necesito que encuentres el mapa en lo que yo pienso. Anda, no te quedes ahí, no seas tonto. ¡Anda!

–U-u... una...

–Necesito saber dónde estamos... si nos hemos distanciado más de lo calculado, si nos podemos quedar aquí uno o dos días... ¡anda, anda, condenado muchacho, busca el mapa!

Y haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, siempre como luchando consigo mismo, el pequeño por

fin consiguió hilar una oración completa:

–Una niña.

–¿Qué dices? ¿Dónde?

Sólo entonces, el hombre de la barba pero sin pescuezo te descubrió a unos pasos de donde se había desmayado el globo colorado.

–¡Oh!... –exclamó– Una niña... Ven, nenita, no te había visto. Acércate. ¿Divisaste nuestro globo?

De todas las cosas ocurridas en tu vida, Margarita, sin duda ésta era la más extraña hasta el momento, y eso que eras una Copérnico, una de esas niñas del mundo a quienes les gusta caminar sobre el pasto en vez de por la banqueta. Sí, una de esas niñas que se preguntan a sí mismas: “¿por qué en las casas casi nadie tiene papalotes?”.

Como no contestabas, el hombre de la barba pero sin pescuezo continuó:

–Ven, no temas. ¿Habías visto alguna vez un globo aerostático? Aunque no lo parezca porque está desinflado, éste es un globo. Es para volar. Se ha estropeado un poco pero podrá volver a volar. Ven, acércate. Yo me llamo... bueno, ¿qué importa cómo me llamo?, y él, es mi sobrino... aunque te advierto que es un poco metepatas.

Al escuchar eso último observaste con más detenimiento al pequeño. ¿Qué cosa era un metepatas?

Algo andaba mal por aquí. Porque el niño tenía una mirada como de búho dando los buenos días desde su casa en el árbol, y el hombre una mirada como de zorro desatendiendo los buenos días y subiendo al árbol para comerse al búho. Uno no podía ser familia del

otro. El niño apenas hablaba y el hombre no dejaba de hacerlo. ¿Había dicho un metepatas? No se parecían en nada. Y al pequeño además le faltaba una...

–¿Y tu barba? –le preguntaste al niño.

Pero el búho de los buenos días no dijo nada, y cuando parecía que quería hacerlo, el zorro interrumpió.

–¿Su barba? ¿Cómo que su barba? Que pregunta tan fuera de lo común, nenita, ¡los niños no tienen barba!

Le ibas a explicar no sé qué cosa al hombre sin pescuezo cuando de repente, llegaron todos los que habían perseguido al globo colorado detrás de ti: la panadera, el alcalde, el herrero, el barbero casi sin aliento, el carpintero, la zurcidora, el sereno, el carbonero y el médico junto con todos los niños. Todos habían llegado. Y mira, atrás viene el hombre circo, más exhausto que nadie, arrastrando su baúl, no se lo fueran a robar.

3

La primera vez que presencié un juego de béisbol profesional suspiré profundamente; las atrapadas de los peloteros, si uno sólo las escucha por radio, son ampliamente más maravillosas que en la realidad, pues uno conserva el derecho de imaginárselas a placer.

A ese pequeño que apenas conseguía hablar lo bautizaron como Memé desde el momento de su llegada.

“Hola, Memé, ¿dónde se metió tu tío?”, “¿Cómo va el remiendo del globo, Memé?”, “Memé, ¿cuál es tu opinión de esto?”.

Por ser incapaz de completar oraciones al primer intento –seguía luchando consigo mismo–, se volvió uno de los niños más notables en aquel lugar, pues todos hablaban digamos que normal y de corrido. Los demás niños lo asediaban. ¿Quién no se divertía cuando movía los brazos para empujar las vocales, cuando daba pisotones al suelo como para desatorar las palabras de su boca, o cuando suspiraba profundamente antes de hablar? A veces repetía tanto las palabras que mejor desistía de decir el resto, por vergüenza, y eso lo

disfrutaban los demás niños.

Como ya se dijo, todo comenzó el mismo día que llegó a bordo del globo colorado con su tío, el hombre sin pescuezo pero con barba.

–Vamos, díles a todos cómo te llamas –le había exigido frente a los demás–. No me hagas quedar en vergüenza. Deja de ser un tonto. Vamos.

–Me... me-me...

El pequeño deseaba decir “me llamo...”, pero la lengua le traicionaba más de lo común con todas aquellas extrañas personas mirándolo. En ese momento hubiera querido ser una nube.

–Me... me-me...

–Es bastante torpe cuando habla –lo excusó el hombre de la barba–. Un defecto de nacimiento.

La primera en reír fue la hija de la zurcidora, “¡es tartamudo!”, le siguió el regordete hijo del alcalde, “¡no puede pronunciar su nombre!”, las gemelitas de la panadera, “¿nos cantas una canción?”, aquel cachetón y hasta ese gordito que parecía haber nacido sin risa también reía. En pocos minutos ningún niño quedó sin carcajear, incluso uno que otro adulto idiota, y preguntaban cosas al pequeño para que siguiese divirtiéndolos más y más. ¡Niño pobrecito! Era cómico escucharlo. Para ellos era una gracia, un hallazgo como la nariz del hombre circo, sin detenerse a pensar en los pensamientos del pequeño que mientras más se burlaban de él, más tartamudeaba: “me-me-me”.

Esa tarde no hubo quien no se mofara de Memé. Todos menos una niña. Una niña de un bonito vestido de abril.

4

Al final aceptamos ser despojados casi de todo, mas no de la fantasía, porque con ella volvemos a construirnos las veces que sea necesario.

Las averías del globo colorado no eran tan graves pero llevarían tiempo. “¡Vaya suerte!”, soltó el hombre de la barba pero sin pescuezo, quien no encontró alternativa que hospedarse junto a su sobrino tartamudo en una casita deshabitada, que en un gesto de hospitalidad, les ofreció el alcalde. Hasta la parte trasera de esa cabaña arrastraron el cadáver del globo colorado.

Como en aquel lugar nadie sabía nada de bolsas de gas que atravesaran los cielos, porque así funcionan los globos, y pensaba que su sobrino era el sobrino más metepatas del mundo, el tío de Memé debió trabajar en la reparación sin ayuda de nadie. Aun así, el pequeño niño no se escapaba de la cólera del hombre que de tanto en tanto estallaba impredecible, “¡no te quedes ahí

parado!", y el pequeño corría hacia donde lo mandaba, "sssí".

A la semana de haber llegado, el zorro y el búho seguían siendo entre los pobladores de aquel lugar lo que la miel para las hormigas. Casi a cada hora recibían la visita de uno o dos personajes, les preguntaban cosas como de dónde venían o porqué viajaban por aire, en ocasiones les llevaban tartas y luego regresaban a sus casas a seguir hablando sobre ellos. Uno de los visitantes más recurrentes era el hombre circo, quien insistía en que debían pagarle las pérdidas por el espectáculo arruinado el día de su aparición. Hasta que una tarde, el hombre sin pescuezo pero con barba se sació de él.

—¿Y si te digo que no tengo con qué pagarte, charlatán? —le dijo—. Aún así haremos una cosa: cuando tenga mi globo dispuesto te llevaré a cualquier lugar del mundo y con eso saldaré.

El hombre circo estuvo de acuerdo y regresó con su inseparable baúl al pie del gran alcorcho, donde había levantado una carpa cirquera para vivir mientras esperaba que la fortuna lo encontrara.

Y esos días, ¿qué hacías tú, Margarita? ¿Cómo navegabas en el océano de horas?

Después de ir a un pueblito cercano donde te enseñaban a multiplicar y memorizar el alfabeto, regresabas a tu casa a preparar agua de rosas, pues por la tarde tu mamá llenaba una carreta con frasquitos que contenían el alma de las rosas para venderlos en los tianguis.

Cuando terminabas de cortar rosas y depositarlas en una olla caliente, porque así nace el agua de rosas,

podías ir a explorar adónde quisieras siempre y cuando regresaras cuando el sol diera los primeros bostezos antes de irse a descansar.

Pero los días que sucedieron a la aparición del globo colorado una pregunta te daba vueltas en la cabeza, la cual, no te permitía obtener el resultado correcto de las multiplicaciones, olvidabas la cuarta letra del alfabeto y el agua de rosas no salía como siempre: ¿por qué Memé no podía hablar como la demás gente? Era un niño idéntico a todos los niños del mundo, pero las palabras no lo estimaban, o él no estimaba a las palabras, que para el caso era lo mismo.

–Diviértenos un ratito, Memé –le hablaban los otros niños–. Cuéntanos algo, queremos escucharte hablar, ¿sí?

Por ello, esos días, la más grande amiga de Memé era su propia sombra, y a veces ni eso, si el día pintaba gris.

El pequeño se escondía en las laderas de los caminos cuando escuchaba pasos cercanos o divisaba a alguien acercarse, se quedaba detenido, silencioso, en las calles no volteaba si lo llamaban ni jugaba con nadie porque cualquier palabra salida de su boca siempre sería incompleta, y eso, ocasionaba risas en estallidos. Se debatía entre quedarse o no en casa bajo amenaza de los humores del tío.

Un mal día en que había decidido estar fuera de casa los demás niños lo persiguieron. Memé se negaba a abrir la boca para divertirlos. En la persecución le cantaban una canción compuesta especialmente para él: “¡yo soy, yo soy, yo soy tartamudo, porque me falta

limón, limón, limón!", pues por aquellos días alguien tuvo la ocurrencia de que se tartamudeaba si uno no comía limón.

El niño tartamudo corrió y corrió tan asustado por el campo que hasta tartamudeó en sus propios pensamientos...

Intentó esconderse en unos maizales, aunque el movimiento de las hojas altas al rozarlas por lo abajo lo delató y no hubo más remedio que seguir corriendo entre el bosque de plantas de maíz. "¡Déjenme-me ya!".

Pero finalmente tropezó y acabó en la tierra.

—Ahora sí, Memé —le dijo el más alto de todos cogiendo un puñado de suelo—. Habla o te haremos masticar tierra.

¿Sabes? A veces la vida es un cacahuete o una estrella fugaz. Unas veces puedes llegar glorioso por los aires en un globo colorado, y otra veces, menos afortunadas desde luego, te encuentras a punto de que te obliguen a comer tierra. Digamos que ese día, después de todo, acabó por ser una estrella fugaz para Memé.

—No quieres hablar, ¿eh Memé?

Porque resulta que antes de que el niño alto le embutiera el puñado de tierra por la boca...

—Entonces haré que te comas esto...

El maizal comenzó a agitarse otra vez como si alguien se acercara corriendo. Corriendo veloz. Como si...

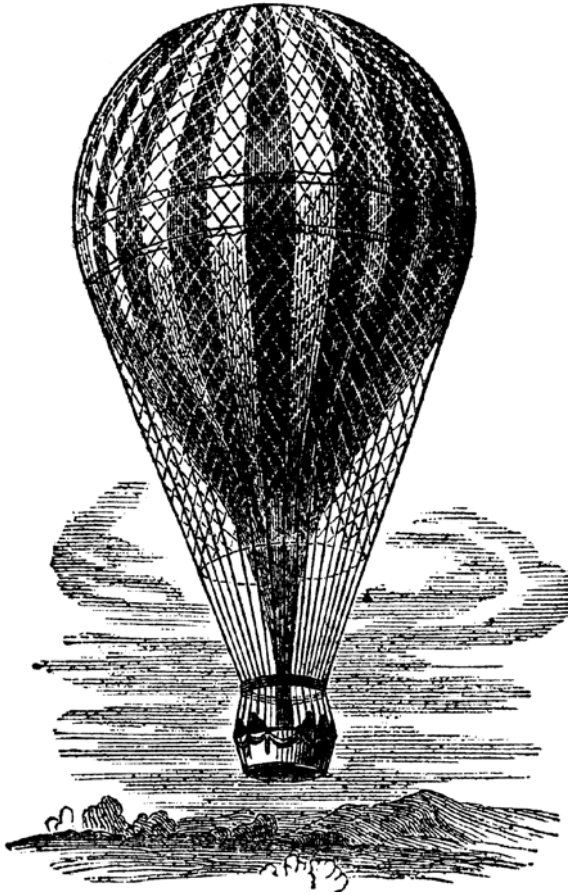
—Para que aprendas a divertirnos cuando te lo digamos...

Como si alguien no quisiera que Memé comiera

tierra por tartamudo. ¿Era tan importante hablar como los demás para no engullir tierra?

Los maizales dejaron de agitarse, y apareció, ante todos, una niñita vestida de abril.





5

El pequeño creía que si daba con la almohada en el cristal del televisor, el ratón de zapatos amarillos y el pato marinerito podrían escapar y entrar a su alcoba.

Desde esa tarde en los maizales Memé se convirtió en tu más grande amigo, Margarita. Pronto se volvieron una cosa inseparable, como la lluvia y el olor a humedad, o el mar y la sal. ¿Me sigues? Porque Memé resultó ser uno de aquellos niños con los que uno quisiera ir al campo a abrazar árboles, uno de esos niños con los que inventar una nueva estación del año, ¿o por qué no?, dibujar un gato de espirales multicolores a quien se podría bautizar como Titi, “¡es Titi!”, o uno de esos niños con quien uno podría contemplar por horas aquellos aviones que dejan líneas de nubes en el firmamento azul como diciendo “por aquí pasé”. ¡Y tú eras lo mismo, Margarita!

Memé nunca te preguntó cómo habías hecho para llegar justo antes de que el niño alto le llenara

la boca de tierra, ya en el suelo, con los otros niños cogiéndolo de pies y manos. “¡De-déjenme-me!”.

Finalmente ya no importaba nada de eso.

–La próxima vez que ese niño te quiera hacer algo –le aconsejaste a Memé–, le gritarás que es una cucaracha de matrimonio.

¿Una cucaracha de matrimonio? ¿Y qué se supone que es una cucaracha de matrimonio, Margarita? ¿Podría ser quizá una cucaracha comprometida en matrimonio o próxima a casarse? ¡Ay Margarita! ¡Tú siempre inventando sandeces!

Juntos, lo que más les gustaba hacer era conquistar árboles. Desde las alturas, sentados en los brazos más fuertes de los titanes, charlaban del mundo con la lengua universal de la infancia. Tú le contabas por qué las magnolias olían más bonito a la distancia que bajo las narices, le explicabas por qué no era necesario cortar los pasteles desde el medio como hacían los adultos, y por qué el sol cuando se ocultaba en el mar no se apagaba. Él te describía cómo las personas se volvían hormigas vistas desde el globo colorado, los modales del viento en las alturas y el mundo detrás de las montañas. Después bajaban a arrojar piedras al lago y se fabricaban juguetes de papel.

¡Ojalá el señor de la barba pero sin pescuezo tarde dos o tres vidas antes de recomponer el globo!

En un principio Memé era el niño más silencioso que hubiera existido, pues entenderás que no estaba acostumbrado a que las niñas de ocho años salieran de los maizales a salvarlo de comer tierra y volverse luego sus incondicionales, pero ocurrió que mientras más

conquistaban árboles y mientras más piedras arrojaban y mientras más fabricaban juguetes, las palabras perdieron su timidez. Y cosa extraña: contigo era con la única persona delante de la cual sería capaz de contar este cuento de veinte cuartillas sin titubear en la lengua ni una sola vez. Contigo no era tartamudo.

–¿Por qué tartamudeas con el resto de la gente, Memé? Yo te curaré.

Y lo primero que pensaste, Margarita, fue llevar a Memé con tu mamá. ¿Acaso no eran las mamás las personas más sabías del mundo? Sabían todo, o casi todo, y los once meses del año olían a Navidad.

La única condición de Memé para dejarse arrastrar en aquella aventura fue que lo curaran a escondidas de su tío, el hombre sin pescuezo, pues seguro le irritaría saberse equivocado: él creía que su sobrino era tartamudo por naturaleza que y ni siquiera un milagro le arreglaría la lengua.

–¡No temas, Memé, él no sabrá nada!

Y quizá tuvieras razón, Margarita, pues en aquellos días el hombre de la barba se encontraba tan ensimismado en la reparación del globo colorado, tan apurado por el hombre circo, que si a Dios se le hubiese ocurrido una mañana colorear el cielo de verde posiblemente no se hubiera dado cuenta de ello.

La señora del agua de rosas, tu mamá, prometió guardar el secreto pero por desgracia no logró encontrar de dónde venía la tartamudez de Memé.

–Pues su boca parece normal–comentó mientras husmeaba hasta por debajo de la lengua del pequeño niño por si ahí se escondía la causa del tartamudeo–.

Deberíamos llevarlo con el médico.

El médico del pueblo dijo que no lo podía curar porque el problema del niño no estaba en su boca ni en su cuerpo... sino en la voz.

–Este niño nació con la voz defectuosa –explicó–. Yo recomiendo esperar unos años a ver si se le compone o si alguien inventa un antídoto contra los titubeos del habla.

Consultado también, el alcalde respondió con mejor juicio:

–Cada vez que desees decir algo, Memé, pensarás muy bien en las palabras, las imaginarás, luego suspirarás profundamente y entonces sí, abrirás la boca para hablar.

La fórmula no sirvió de mucho a pesar de los esfuerzos del niño. Memé pretendía pensar con tanto detenimiento en lo que quería decir, que cuando por fin hablaba las conversaciones ya habían acabado. ¡Y así nadie podía hablar con él! Bueno, sí había alguien que podía hablar con él, y eras tú, Margarita. Tú parecías estar dispuesta a esperarlo una eternidad aunque nada más fuese por una palabra más o menos dicha.

–Cuando quieras hablar no pienses tanto en las palabras –le sugirió la zurcidora– tu problema es que te preocupas mucho.

Quizá todas las ideas fuesen sinceras, pero Memé no dejó de enredarse con sus propias palabras ni un poquito.

–¿Y si su lengua no está completamente desarrollada? –propuso el herrero.

–Con esta pócima el niño dejará de tartamudear

en cinco días –habló el boticario–. ¡No lo duden!
¡Compren!

–El tiempo ya le quitará lo tartamudo –habló el
carpintero.

–¿Y si realmente le falta limón? –dijo el sereno.





6

El enseñante nos preguntó: si se encontraran con el niño que alguna vez fueron, ¿él se sentiría orgulloso de ustedes? Dijimos que sí. De niño también me gustaba ser yo.

Margarita pensaba: si una araña es lo bastante inteligente como para organizar el movimiento de sus ocho patas, ¿por qué Memé es incapaz de ajustar su lengua? El niño le preocupaba. Sabía que a él le gustaría hablar entendible y despejado como los demás niños.

Por aquellos días de árboles altos y cielos incendiados, el hombre de la barba pero sin pescuezo anunció que la reparación del globo colorado pronto estaría terminada. El hombre circo se alegró y empezó a ordenar su mercancía, el baúl de madera, las sillas y todas aquellas cosas que posaba sobre su nariz en sus espectáculos, pues recordaba la promesa del otro.

—¿Adónde irás, Memé?—le preguntaste una tarde al pequeño— ¿Adónde te llevará tu tío?

–Vamos al sol –te contestó impulsando las palabras con un brazo–. O eso creo.

Porque resulta, que cada vez que el niño preguntaba al hombre de la barba hacia dónde viajaban, él siempre lo callaba, tajante, con la misma frase: <<Adonde se me pegue mi gana. ¡Si quiero llegaremos hasta el mismo sol!>>. Por eso Memé pensaba que cualquier día de estos o de aquellos podían aterrizar en el mismo sol.

–¿Y si se queman?

–No sé. No-no he pensa...pensado.

–¿De dónde vienen? ¿Por qué viajan? –le preguntaste a Memé.

Pero Memé no lo sabía con exactitud. Se limitaba a encogerse de hombros cuando cualquiera le preguntaba semejanzas. Tal vez deseaba ahorrarse un tartamudeo más.

Así que tú, Margarita, ya no le preguntaste al pobre niño nada más acerca del antes o el después. Finalmente nada de eso importa. Lo seguiste defendiendo de quienes lo querían forzar a comer tierra y de quienes lo apodaban por tartamudo. Los árboles continuaban siendo escaleras, los atardeceres una brasa de hoguera, inventaron infinidad de Titis y tus vestiditos de abril requirieron muchos remiendos porque descubriste que la felicidad llega a estropear la ropa.

7

Ella me lo susurró a la vez que tocaba mi cabeza con su índice: sí, aquí dentro existe un lugar, sin espacio ni tiempo, donde nos encontramos unos a otros, y donde tenemos el poder de reparar nuestras incorrecciones.

El globo colorado comenzó a inflarse de gas. La canasta de pasajeros se encontraba atada a unas cuerdas que la aseguraban al suelo y así no escapara por los aires hasta que fuese necesario. El hombre sin pescuezo pero con barba imprimía el gas mientras Memé cargaba los últimos cachivaches.

Esa mañana, Margarita, tú aún no despertabas. ¡Vaya, era tan temprano que ni el sol acababa por desperezarse del todo! Pero si hubieses estado despierta, te habría bastado asomarte por la ventana de tu dormitorio para divisar cómo el globo colorado empezaba a sobresalir de las casas, inflándose cada vez más, y adivinar que ese era el día en que Memé dejaba aquel pueblo junto con su tío.

El hombre de la barba pero sin pescuezo, por

cierto, decidió abandonar el pueblo tan temprano y a escondidas por una sencilla razón: no le apetecía pagarle a nadie.

Y es que no solamente adeudaba al hombre circo, sino a todos los que se habían apiadado de su desgracia de encontrarse en un país donde no conocía a nadie, sin alimento ni techo. El alcalde le facilitó una cabaña como ya se contó. Los demás habitantes le llevaron comida, y a ellos, el hombre con pescuezo pero sin barba... ¿o cómo era?... les había prometido pagarles antes de irse con un pequeño paseo en el gran globo colorado. Entusiasmados porque nadie había viajado en globo, los habitantes se esmeraron más en la comida.

Será el destino, Margarita, pero algo tenía esa mañana que te hizo amanecer mucho antes de lo habitual.

Si usaras gafas lo primero que hicieras sería limpiarlas con un paño, jabón y agua antes de ponértelas y mirar cómo el sol se asoma por el mundo y el globo destacaba de entre las casas, pero como no usas, lo primero fue asomarte por la ventana. ¡El globo colorado! Y en menos de un minuto ya estás corriendo por las calles del pueblo.

—¡Memé, Memé, ya sé por qué tartamudeas!

Abajo del enorme alcornoque, del otro lado del pueblo, el hombre circo también interrumpió su sueño. Entonces descubrió que junto con el sol también ascendía un gran globo colorado, allá en el cielo. Rápidamente metió todas sus pertenencias al baúl y corrió, arrastrándolo, hacia donde creyó que aún lo podía alcanzar.

Imponente, el globo comenzaba a ganar altura.

–El globo gana altura –exclamó la panadera.

El hombre de la barba pero sin pescuezo hacía lo imposible por elevar el globo colorado en el menor tiempo arrojando los lastres, y mientras, Memé pensaba que le hubiese gustado despedirse de Margarita.

–¡Memé, ya sé por qué tartamudeas!

–¡El globo ya se va! –dijo la zurcidora, acabada de despertar.

Y en verdad lo sabías, Margarita, pues aquella noche antes de dormir reflexionaste detenidamente, muy detenidamente, la situación de tu más grande amigo hasta ese momento de tu vida. ¿Por qué Memé no entrecortaba las palabras cuando se encontraba contigo? ¡Ay, Margarita! ¿Cómo no te diste cuenta antes?

–¡Memé, ya sé por qué tartamudeas!

–¡Despierten, ya se va el globo! ¡Ni adiós dijo! –comentó el médico.

Corrías y corrías, Margarita, no dejaste de correr ni siquiera cuando uno de tus costados se volvió un alfiler... ni siquiera cuando supiste que sólo con alas darías alcance al pequeño niño.

–¡Memé, Memé, ya sé por qué tartamudeas! ¡No te vayas!

Y ocurrió que antes de que las cosas de la tierra se convirtieran en hormiga, al escuchar su nombre Memé se asomó por la canasta del globo colorado.

–¡Margarita! ¡Adiós, Margarita! ¡Adiós!

Aunque tenías los pies desnudos magullados por piedras y ramas pisadas, no te detuviste. Los gritos de

uno apenas los escuchaba el otro. El globo subía más aprisa y pronto las voces serían un susurro.

–¡Es miedo! ¡Es miedo, Memé!

Memé no entendía lo que gritabas pero sí entendía la importancia al ver tu desesperación. Y sólo entonces gritó:

–¡Qué cosa!

Su voz apenas se escuchó. El globo se iba, Margarita... el globo se iba.

–¡Es miedo! Tartamudeas porque tienes miedo a las personas... por eso no tartamudeas conmigo...¡No debes tener miedo! ¡No debes...!

En eso, tropezaste con un tronco en el suelo que no anticipaste por tener los ojos en Memé, cada vez más pequeñito allá en el cielo, en el estómago del globo colorado. Nunca supiste si alcanzó a entenderte. Nunca supiste si por lo menos escuchó la palabra “miedo”. Te quedaste llorando allí, cara al piso, sofocada por el esfuerzo, los pies en sangre. No conseguiste decirle que los búhos despliegan sus alas y abren sus garras cuando son amenazados por un zorro, que no tartamudean.

Al poco tiempo escuchaste el arrastre de un baúl y al hombre circo gritar:

–¡No se vayan! ¡Vuelvan!

Pero el globo colorado ya volaba hacia el Este, no más grande que una pincelada perdiéndose en el sol acabado de despertar, allá lejos.

8

*No sé todo lo que usted sabe,
ni usted sabe todo lo que sé,
pero si usted aprende lo que yo sé
y yo lo que usted sabe,
sabríamos lo que otros no saben,
aunque ellos sabrían no sé qué.*

Después de que las estrellas surcaran infinidad de veces las largas noches y el sol se aburriera de cruzar el firmamento, un buen día, cuando le sacabas una cabeza de altura a tu mamá e incluso tú misma eras mamá, y cuando en tu cabello aparecían las primeras hebras blancas de la edad y habías dejado de subir a los árboles, escuchaste una extraña historia, Margarita, acerca de un hombre que volaba solitario en un primitivo globo colorado por todo el mundo, que se detenía de vez en vez solamente para jugar con los niños del lugar adonde llegaba, y que con una impecable voz narrativa, contaba maravillosos cuentos de otros continentes.

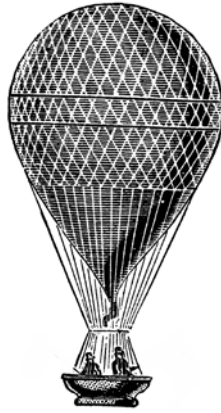
Estuviste segura que ese hombre era Memé, ya vuelto hombre, a quien para aquel entonces casi

enviabas al olvido de tu memoria.

–Y ese hombre, ¿titubeaba al hablar? –quisiste saber.

–¡Qué va! –te respondió una persona–. ¡Que me parta un rayo si en esta vida alguien habla tan bello como él!





**Netzahualcóyotl Ceballos,
Memé antes de llegar al sol**

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017
en los Talleres Gráficos de Colegio de Bachilleres
del Estado de Sinaloa.

La edición consta de 1000 ejemplares.

